



EN LA EXPOSICIÓN, 1964

Textos:

José Alemán

EN LA EXPOSICIÓN

José Alemán

Siempre tuve la sensación de haber visto a Antonio Padrón en algún lugar, en cualquier sitio, pero no pude tratarlo personalmente porque la muerte llegó antes de que nos decidiéramos unos cuantos a enfilar la carretera de Gáldar. Unos para volver a verlo, porque no se prodigaba y otros, como yo, para conocerlo.

Era 1967 y yo me estrenaba en las cosas del periodismo. Eran aquellas tardes, del Diario de Las Palmas, prolongadas en el bar. Cenith, en la barra del Madrid o en la cacharrería de Antonio Izquierdo, de la calle de La Pelota. Agustín Quevedo, el propio Antonio Izquierdo, Federico Sarmiento, Oscar Falcón Ceballos, y un extenso etcétera, de los que pocos viven hoy, andábamos en aquellos trances de respetable bohemia. Todos me hablaron alguna vez de Padrón, al que conocían. También lo hicieron Manolo Millares y su hermano Agustín. Un tercer hermano, Eduardo Millares, Chojuáa, siempre dispuesto para un bombardeo, propuso que nos dejáramos de boberías y viniéramos aquí, a Gáldar, a visitarlo. Le animaba la posibilidad de una tarde de belingo con los amigos.

Pero el día que uno podía, al otro le era imposible y entre una cosa y la otra pasó el tiempo, de modo que mientras buscábamos el modo de arrancar se le agotó la vida a Antonio Padrón y no llegamos a tiempo.

Dicen que los periodistas somos aprendices de todo y maestros de nada. Esto sigue siendo así, aunque ya sea posible encontrar periodistas expertos en algo. En materia de artes plásticas, yo no soy siquiera un

aprendiz, los cuadros me gustan o no, los siento o no me dicen nada. Los de Antonio Padrón los sentía, como sentía las arpilleras de Manolo Millares que evocaban el universal canario todavía no desentrañado de todo. Había en Millares un desgarró que era el nuestro y tengo para mí que también era el de Antonio Padrón. Siempre, no sé la razón, los he relacionado a los dos.

Antonio Padrón, que poseía una formación académica rigurosa, intentó el informalismo pero no le satisfizo la experiencia que no debió considerar adecuada para lo que quería contar; o reflejar si se prefiere. Y desarrolló un figurativismo muy personal, para mí espléndido e inquietante, con rasgos de informalismo geométrico, dando de lado al abstracto en su visión del mundo en el que vivía, el que le interesaba y del que no quería alejarse. Imagino que esa tensión entre lo que quería contar y la imposibilidad de hacerlo mediante la abstracción tuvo mucho que ver con el desenlace de su pintura entroncada en el indigenismo que se deja ver, asimismo, en los planteamientos estéticos de Plácido Fleitas, de Manolo Millares, de Martín Chirino, de Felo Monzón, de Pepe Dámaso y de otros. Cada uno a su manera y con resultados distintos merodearon las mismas fuentes.

Por ahí anduvo Padrón plasmando la soledad del pastor, las majadas, las escenas campesinas, la jarea, las tuneras, las ceramistas o los barriles de arenques prietos de la tienda de la esquina, las aguadoras o la lluvia recibida con el mismo estupor que leí una vez en el rostro de mi hijo la primera vez que vio llover. El mundo en que vivía, su entorno, fue el tema de sus cuadros, pero aquel mundo se le deshilachaba.

En los años 60 se inició o aceleró el cambio social con la transición apelotonada de la sociedad agraria tradicional a otra de servicios. Los campos se despoblaron. El mundo de sus cuadros estaba condenado a muerte y no creo descabellado pensar, que esa condena fue la premonición de su propia muerte, ya cercana.

Lázaro Santana ha indicado que a partir de 1966, se observa su abandono de la armonía, el resquebrajamiento por el que penetra o del que emerge una visión desolada, angustiosa, que se advierte en el uso del color negro, en rostros tallados duramente como máscaras africanas, en su acercamiento al expresionismo alemán. Brotan alusiones a la brujería, a niños enfermos. Para Lázaro Santana, los cuadros de ese último periodo, constituyen una confesión ciertamente angustiada de la derrota personal del pintor, que, a mi entender, es también el reflejo de la desaparición ya cantada de su mundo.

Padrón, murió en 1968, a los 48 años, por lo que nunca sabremos por donde hubiera transitado después, de no haber desaparecido tan joven cuando había alcanzado la madurez.

Puesto a elegir un cuadro de Antonio Padrón, me quedo con el titulado "En la exposición", como les dije. Lo elegí no por razones pictóricas o estéticas, en lo que soy lego, sino porque advierto en él una ironía significativa que no sé si era o no intencionada aunque me incline a pensar que sí, que había deliberación porque sus cuadros denotan que reflexionaba lo suyo para componer lo que luego pintaba.

Quiero ver en este cuadro, la explicación, su explicación, de que no le satisficiera la abstracción para transmitir visiones del mundo al que se

mantuvo apegado. “En la exposición” aparecen tres mujeres, sin duda campesinas. Dos de ellas miran a un gran cuadro colgado en la pared rebosante de formas abstractas. Lo miran con expresión seria, de no entender nada, diría que atónitas. Incluso parecen preguntarse que necesidad tenían de entender algo. La tercera, nos encara desde el lienzo con los ojos como platos del mismo asombro y la misma incompreensión, casi implorando en silencio que le digamos de qué va aquello. Hay en ellas también el envaramiento perplejo que provoca la constatación de la impotencia, que nos remite, si seguimos sacándole lasca, al tremendo proceso de aculturación que fue la conquista de la isla, de la que surgió la nueva sociedad que continua aún hoy incompleta, desvertebrada, como consecuencia de la amputación de sus referentes aborígenes.

Rematan la ironía los programas de mano de la exposición que las tres llevan en la mano. O sea, no pasaban por allí sino que fueron a ver la exposición y cumplieron con el ritual de aceptar el folleto que le ofrecieron en la entrada. Quizá alguien les inculcó la necesidad de culturizarse, de asistir a actos, y eligieron aquella exposición que las dejó petrificadas.

Podrían hacerse mil interpretaciones de este cuadro. Quizás se lo inspiraran precisamente las razones que lo llevaran a abandonar la senda del informalismo, aunque incorporara algunos de sus rasgos. No le servía la abstracción para expresarse por resultarle imposible que con ella se sintieran aludidos quienes contemplaran su cuadro, que advirtieran lo familiar y lo cotidiano que las mujeres no veían por ninguna parte.

Antes les mencioné la alusión de Lázaro Santana a la derrota personal de Antonio Padrón. Pero no lo decía Lázaro en demérito del artista, como pudiera deducirse si aplicáramos el concepto de triunfo y de derrota en el sentido que les da la histerizada sociedad actual, enferma de

competitividad relacionada con la fama y el dinero. No iba Lázaro por ahí, es otra cosa. A mí me parece que un artista, cualquier artista, es hijo de su tiempo de cualquier lugar, ya sea físico, mental o intelectual, de los ámbitos que elige o de los que no puede substraerse.

Manolo Millares llegó a la abstracción por mecanismos que no funcionaron en Padrón. Pero están más cerca de lo que pueda parecer. Se estimaban mutuamente. Millares entendía a Padrón y a la inversa. El temperamento y las distintas sensibilidades y las formas de expresarlas el lugar en que vivieron, los ambientes en que discurrieron sus biografías, son los elementos que les diferenciaron en cuanto a la expresión concreta o más o menos concreta del mundo canario del que Millares se distanció físicamente para entroncarlo con otros mundos, mientras Padrón se esforzó en recogerlos, pormenorizarlos y reflejarlos, retenerlos.

El cuadro "En la exposición" explica para mí la opción de Antonio Padrón, la resume. Estamos ante un pintor que tendría hoy la proyección que merece si hubiera una política cultural de verdad, pero este es otro tema al que alude la acumulación, por no decir el amontonamiento de su obra, que se advierte en este museo, y al que hacía alusión en un artículo Nicolás Guerra. Un museo que aquí sigue gracias al entusiasmo y dedicación de sus responsables que creen en lo que hacen aunque no haya excesivo interés por los que mandan en la cultura, siempre ausentes.

Muchas gracias
José Alemán.